

IV RESEÑAS

Álvaro Ceballos Viro. *Las letras de la República. Luis de Tapia y los usos políticos de la literatura en la Edad de Plata*. Madrid: La Oveja Roja, 2021. ISBN: 978-84-16227-36-5. 349 páginas.

Los trabajos que, de un tiempo a esta parte, se construyen con el objeto de incluir autores por un motivo u otro excluidos del relato oficial de un periodo histórico concreto son numerosos. Podría pensarse que el firmado por Álvaro Ceballos Viro es uno más de ellos, sin embargo, esta asunción incurriría en un grave error. ¿Por qué? Porque *Las letras de la República* no pretende defender la mera necesidad de añadir a Luis de Tapia (Madrid, 1871-Cuart de Poblet, 1937) en la nómina de autores fundamentales de las primeras décadas del siglo XX. Ceballos Viro va mucho más allá; al fin y al cabo, no por casualidad reza el subtítulo de su ensayo *Luis de Tapia y los usos políticos de la literatura en la Edad de Plata*. ¿Y qué significa aquí ir más allá? Significa contravenir el relato oficial de ese período histórico comúnmente conocido como la Edad de Plata y que va desde finales del siglo XIX hasta el estallido de la Guerra Civil. En otras palabras: nos encontramos ante un texto cuyo objetivo es poner en valor la figura de Luis de Tapia, escritor fuera del canon a pesar de haber sido uno de los más leídos en su momento. Pero no se trata de meterlo sin más en la narración hegemónica de la conquista de la modernidad. Se trata, por encima de cualquier otra cosa, de discutir el mismo paradigma historiográfico de la modernidad señalando sus problemas, esto es, señalando cómo la estructura de la épica de la modernidad impone una serie de categorías fijas dentro de las cuales, sostiene el autor, el «espécimen híbrido» que encarna Tapia no tendría cabida por cuanto esas categorías no permitirían reflejar las ambigüedades de su persona y, por ende, de su escritura. En aras de la fidelidad a las contradicciones de un escritor como Tapia (poeta y también político, con rasgos de conservador y de progresista, propietario y asalariado a la par), Ceballos Viro discute, para rehacerlo, el relato dominante de la Edad de Plata poniendo sobre la mesa su carácter poliédrico y mostrando con su ejercicio la posibilidad de un relato alternativo en el que se han abierto espacios para la inserción de otros referentes. Atención, entonces: *Las letras de la República* no es una biografía de Luis de Tapia o, cuando menos, no es una biografía al uso. Es, si acaso, más que eso: un tanteo exitoso de los vínculos entre literatura y política durante el republicanismo español que establece como suerte de bisagra la vida y la producción de un hombre.

El ensayo comienza con una apología de la poesía de Tapia como poesía populista, y no popular. El «pueblo» del poeta no es el del lumpemproletariado,

sino el de quienes trabajan por cuenta ajena en la ciudad: la modista, el empleado de un taller, el artesano y el obrero, pero también la ama de casa y, por qué no, la juventud desempleada. Su obra poética, publicada mayoritariamente en prensa republicana, está compuesta por piezas cuya forma y contenido se imbrican para constituirse como afirmación simbólica de la clase dominada. De ahí el manejo de prácticas desprestigiadas y en las antípodas de la poesía burguesa (las redondillas, los pareados, los romances callejeros...), el uso de un marco epistemológico bien accesible y estrategias, si se quiere, ilegítimas que van desde la caricaturización de los dominantes hasta la idealización de las circunstancias vitales de los trabajadores, pasando por la férrea oposición a las fuerzas del orden. A Tapia lo leen diversas capas sociales, y lo leen mucho, y si es así es porque supo hacer de la poesía una forma de resistencia poniendo en palabras el sentimiento de la clase trabajadora urbana y dignificando su experiencia.

Ferviente defensor (y productor) de una poesía como la delineada es fácil entender su rechazo al modernismo que irrumpe en la esfera literaria y que, con el tiempo, termina acercándose a un público amplio, no sin supeditarse a la ideología burguesa y a las exigencias del mercado. Desde su espacio en el periódico *La libertad*, Tapia no cesa en tachar a la vanguardia de fingimiento irresponsable y frivolidad. Su trabajo, junto al de otros periodistas, surge inscrito en, y condicionado por, unas coordenadas históricas e ideológicas concretas que las nuevas corrientes obvian —de acuerdo con el escritor— sin disimulo. Ceballos Viro abre en este punto las puertas a un análisis del campo literario español de la época valiéndose de las herramientas de Pierre Bourdieu. Esta reconstrucción del campo le sirve no solo para posicionar a Tapia en él —«caso emblemático de retaguardismo literario»—, sino, y sobre todo, para exponer la complejidad de tal espacio relacional, un espacio en el que desempeña (nunca mejor dicho) un papel fundamental la percepción individual de cada uno de los agentes que lo pueblan. Prestar atención a esta percepción (que es también autopercepción) pasa por atender a las categorías que usa cada grupo social definido para pensarse a sí mismo y los modos en que estas categorías conviven y compiten entre ellas en la esfera discursiva. La identidad plural de alguien como Tapia (él mismo se presenta como periodista, como escritor, como poeta o como coplero en distintos lugares) pone el modelo teórico bourdieuano de los campos contra las cuerdas, en el sentido de que comprender las múltiples —y, en muchos casos, contradictorias— facetas de Tapia implica considerar la injerencia de factores extraliterarios; es decir que la práctica literaria debe pasar a ser entendida como terreno agujereado por distintos esferas simbólicas o culturales. Ceballos Viro realiza aquí un giro

que adopta la forma de propuesta: poner en el tablero la noción de «comunidad de interpretación» del estadounidense Stanley Fish, una noción según la cual los valores de un texto dejan de ser inmanentes al propio texto para encontrarse en el público lector, dispositivo interpretativo social e ideológicamente construido que interviene nada más y nada menos que dotando de sentido a la palabra escrita en el momento en que es leída.

Partir de esa comunidad hermenéutica conlleva asumir, por lo tanto, cierto pluricentrismo, en la medida en que obliga a tomar en consideración elementos no siempre tenidos en cuenta en los análisis de los campos literarios, elementos como, por ejemplo, la imagen social de los autores. En la Edad de Plata se populariza el uso de los litograbados y del fotograbado: los retratos de los escritores comienzan a circular por el espacio público y su aspecto físico a ser reconocible y a dialogar, por ende, con su producción artística como suerte de paratextos. La estética de los escritores (su indumentaria) cobra importancia y se consolida la creencia en la correspondencia entre vestimenta y escritura. Sin embargo, la aproximación semiótica que Ceballos Viro realiza del sombrero, el bigote o la capa durante la Restauración discute esta homología entre la obra de un autor y su «estilo de vida» (Bourdieu) al presentar numerosas disonancias que vienen a mostrar la naturaleza contingente de paralelismos de ese tipo.

Inestable es, asimismo, el deber-ser del texto revolucionario, aunque el prisma hegemónico nos inste a buscar, entre otras cuestiones, experimentalismos formales y hermetismo lingüístico. La eficacia política de los textos bien puede hallarse en lares distintos, como bien sostiene *Las letras de la República*: en el género chico, por ejemplo, en las zarzuelas o, por supuesto, en la poesía satírica de Tapia. No obstante —y al propósito de demostrárnoslo se pliega el autor del ensayo—, leer la poesía de Tapia como poesía política requiere hacerlo desde un lugar muy concreto: el del republicanismo radical, un espacio ideológico que Ceballos Viro devuelve a la luz para, a través de sus lentes, (re)pensar y (re)leer la producción del poeta madrileño. De ahí la tesis principal del libro: que solo desde la comunidad de interpretación del republicanismo radical es posible una interpretación «extensa y coherente» de las sátiras del poeta, esto es, una lectura de su obra como poesía de protesta política. Al fin y al cabo, para que una sátira funcione como se espera, debe ser leída por una comunidad interpretativa capaz de identificar ciertos elementos y de orientarlos hacia unos lugares y no hacia otros. El republicanismo radical no era únicamente una ideología política, era toda una cultura, con sus espacios y sus medios de comunicación; un repertorio de prácticas y de creencias, de referentes y de historia que desde principios del

siglo XX generó sentido social, discutió el relato dominante y proyectó una idea más justa y democrática de futuro.

Que el texto literario es un producto cultural ambivalente por cuanto está sujeto a interpretación es algo que la Historia de la Literatura y la Academia han olvidado —y todavía olvidan— con frecuencia. No hay un único sendero legítimo para el estudio del objeto literario, y eso mismo viene a recordarnos Ceballos Viro al proponer, precisamente, otra dirección posible y su viabilidad; un camino que acepta y contempla, en primer lugar, la actuación de los lectores (la comunidad interpretativa) y, en segundo lugar y, por lo tanto, la existencia de una pluralidad de imaginarios sociales cuya consideración conduce a una mejor comprensión de la producción textual y de su significado cultural. La cultura política del republicanismo populista se extinguió hace tiempo, pero su desaparición no ocurrió solo por la llegada de la dictadura: a su volatilización contribuyó sobremanera el manejo de una retórica que abandonó las fórmulas y los códigos populares con los que la clase trabajadora urbana se identificaba en favor de otras más acordes con los intereses de los agentes que ocupaban posiciones dominantes en el campo literario. Con la marginación de los géneros comerciales (de la poesía festiva y satírica) termina por borrarse la estela de significado cultural de la producción de Tapia; la afinidad, el gusto, todo un estilo de lectura de la clase asalariada urbana —la semioesfera del republicanismo radical— que *Las letras de la República* trata de volver a articular, de reconstruir, para, desde ahí, (de)mostrar y apreciar la potencia política de la poesía de un olvidado al que, por supuesto, acompañan otros muchos.

María Ayete Gil